

*Alfredo Luna Tobar*

# El Ecuador en la Independencia del Perú —La Conspiración— (Fragmentos)

Alfredo Luna Tobar

*Este trabajo que se presenta del Embajador Alfredo Luna Tobar es parte de su libro "El Ecuador en la Independencia del Perú", publicado en 3 tomos por el Banco Central del Ecuador (Centro de Investigaciones y Cultura, Quito 1986).*



**O**tra figura de magnitud en la revolución de la independencia del Perú fue la del abogado quiteño Ignacio Ortiz de Cevallos. Al igual que el presbítero Joaquín Paredes, actuó destacadamente en la revolución de Quito de 1809 y de los años siguientes (1); después del primer grito del 10 de Agosto y sin conocer nada de milicia se enroló en la Falange organizada por los quiteños, asignándosele el grado de Oficial. Hizo campaña del norte como secretario del "Generalísimo" Manuel Zambrano y de Javier Azcásubi, avanzando con las tropas

hasta la frontera del Guáitara. Fracasada la primera revolución fue detenido con otros innumerables patriotas y procesado. En sus declaraciones rendidas dentro del inicuo juicio (2), trata de defenderse disminuyendo lógicamente la importancia de sus actuaciones, pero le fue imposible ocultar la participación que tuvo en las operaciones militares ni las cartas "tendenciosas" a decir de las autoridades, que dirigió, y que él en su defensa jurídica trata de justificar asignándolas como único objetivo el de "entretener a las autoridades de Quito" (3).

Ortiz Cevallos fue confinado a Guayaquil con otros numerosos patriotas, sufriendo lo indecible en ese trágico viaje, sobre todo en el trayecto desde las Bodegas de Babahoyo (4); sin embargo este confinio con todos sus suplicios le salvaría la vida, pues de haber permanecido en Quito habría sido otra de las víctimas de la masacre del 2 de agosto de 1810.

Luego de la llegada del Comisionado Regio, Carlos Montúfar, Ortiz salió libre y pudo regresar a Quito, y pronto se lo vería junto a Montúfar, el 23 de septiembre de 1810, en las festividades públicas que se efectuaron para celebrar la creación de la nueva Junta de Gobierno Provincial y de Seguridad; pocos días después, el 28, era designado para constituir con otros cuatro patriotas el Poder Ejecutivo (presidido por Selva Alegre) de la nueva Magistratura Supletoria, que reemplazaba a la Real Audiencia. Amagada la ciudad de Quito, dos años más tarde por las fuerzas de Toribio Montes, Ignacio Ortiz de Cevallos es designado para la defensa del Panecillo, en la entrada sur de la ciudad y él es quien da fuego al último cañonazo antes de que los realistas tomen la posición. Esto sucedía el 8 de noviembre de 1812. Ortiz ya no pudo unirse a la resistencia que marchó hacia Ibarra, y huyó a los montes.

Después el propio patriota, residente ya en Lima, recordaría que luego del fracaso de la expedición del Norte, "fue reducido a estrecho calabozo en el Cuartel principal, junto con todas las ilustres víctimas del memorable asesinato de 2 de agosto de 1810" (5), y que en esa ocasión "expuso su vida oponiéndose al ... ejército español al mando del General Dn. Toribio Montes en diversas acciones, tanto que encargado de la Comandancia del punto principal de defensa de la ciudad, no lo abandonó, hasta que sólo quedaban siete hombres, habiendo tenido la satisfacción de haber dado fuego personalmente al último cañonazo que se disparó al enemigo, y todo esto sin que jamás su profesión haya sido la de la milicia"... "Por

consecuencia de la ocupación de la ciudad por tropas españolas... sufrió todos los trabajos de una sangrienta persecución; y después de haber andado errante por los montes y haber perdido todos sus bienes sin exceptuar ni aún la ropa de sus tiernos hijos, en el indefinido saqueo que sufrió la Ciudad".

La importancia de la participación de Ortiz Cevallos en la Independencia peruana se revela en el Memorial que él presentó y de las declaraciones de eminentes hombres públicos de la época cuyo testimonio solicitó el quiteño ante las Juntas de Purificación, así como de otros importantes documentos publicados por un miembro de la familia limeña Ortiz de Zevallos. Los testimonios a que nos referimos fueron rendidos en 1821 por José de la Riva Agüero, el Dr. Manuel Villarán y el Dr. Manuel Pérez de la Tudela (6). De toda esa documentación se deduce que Ortiz de Cevallos estuvo ya en Lima a principios de 1814. Patriota íntegro y víctima de la represión contra los quiteños, no demoró un solo momento para empezar a difundir las ideas revolucionarias y liberales que traía de su Patria y muy pronto pudo conocer de cerca y amistar con gente influyente de la capital peruana, especialmente de entre sus colegas de abogacía, a quienes muchas veces "en el corredor de la antigua Audiencia" (de Lima), al margen de sus habituales tareas forenses transmitía sus pensamientos y les convencía de la necesidad de trabajar por la independencia, "trasplantándose" espiritualmente a su Patria, a Colombia, Buenos Aires y Chile y, como dice Tudela, los amigos peruanos de Ortiz Cevallos, "celebraban los sucesos prósperos de sus jefes Libertadores y lloraban su esclavitud".

La amistad de Ortiz con Riva Agüero data del mismo año de 1814. Desde entonces el quiteño continuó incansable con su actividad, demostrando entre otras prendas una "probidad y luces" que le hicieron "acreedor al mejor de los conceptos". El "verdadero y grande patriotismo" americano de Ortiz de Cevallos quedó demostrado una

vez más en "el entusiasmo y energía con que sostuvo la justicia y necesidad de la Independencia de esta Capital (Lima) en el Cabildo abierto de quince de julio (1821), en unas circunstancias y oportunidades las más interesantes" (7).

El 28 de julio del mismo año suscribió junto con su hermano Tomás y otros ecuatorianos, la Declaración de la Independencia del Perú. Se sometió luego a la Junta de Purificación que ya hemos mencionado, la cual lo calificó de antiguo patriota, "Acreedor de justicia a que estos méritos sean premiados" (8). Fue designado por su auxilio a la causa americana Fiscal de la Corte Suprema de Justicia y el 29 de agosto del año 1822, incorporado ya a la vida pública peruana, fue elegido diputado al Congreso del Perú, en representación del Departamento de Lima. Su actividad en el Congreso, siempre vinculada con la causa de la Independencia, fue de las más importantes y a ella nos referimos más adelante (9).

Actuación tan valiosa y decidida como la de Paredes y Ortiz de Cevallos es la que correspondió al religioso cuencano Segundo Antonio Carrión, padre del Oratorio de San Felipe Neri, cuyos miembros, según Vicuña Mackenna, eran llamados vulgarmente los "Padres de San Pedro" por ocupar el claustro de los expulsos jesuitas (10). Dice el mismo autor que los padres del Oratorio eran los más eficaces promotores de la insurrección mediante el influjo de su institución en el pueblo y aún en las altas clases. Distinguíanse entre estos religiosos por su actividad patriótica, tres: el "morlaco" Carrión, oriundo de Cuenca (280), según lo denomina con afecto Mariátegui que lo conoció y trató directamente, Méndez Lachica, peruano y Tagle, de Buenos Aires. De Carrión dice el mismo autor que era "notable por el profético entusiasmo con que anunciaba el advenimiento de la revolución a sus correligionarios" (11).

Carrión había tenido actuación importante en la revolución de Quito y el 10 de

Agosto de 1809 y los acontecimientos posteriores, y se vio por ello obligado a huir al Perú. La actividad patriótica de Carrión en Lima es muy temprana; se inicia ya en 1811, cuando el Santaferense López Aldana empieza a circular un periódico manuscrito titulado Diario Secreto de Lima. En la enorme tarea de redactarlo y multiplicarlo colaboró el padre quiteño (282). Luego dedicóse con otros padres del Oratorio a conspirar con abnegación y tenacidad, formando el llamado club de los "neris" con los otros padres citados y sirviendo de vínculo entre su propio club y el llamado de los "copetudos", o con los "carolinos", "deanes", "fernandinos" y otros. Pero más aún: la prudencia de Carrión y de sus compañeros de Orden, llegaron a convertirlos en verdaderos consejeros de todos los grupos, pero sobre todo del más importante, el de los carolinos. Así lo dice Mariátegui: "Los carolinos se consultaban y dejaban dirigir por los padres del Oratorio D. Tomás Méndez, limeño, por el padre García, limeño, por el padre Carrión del Ecuador, y por el padre Tagle de Buenos Aires, hombres de prudencia, de experiencia y que todo lo examinaban despacio, y por todos lados; sus consejos fueron saludables, y mediante ellos fueron las operaciones acertadas y coronadas de buen éxito" (283).

El Oratorio fue además por mucho tiempo cárcel de clérigos y allí estuvieron encerrados sacerdotes patriotas como Mariano José Arce, para quienes la presencia de Carrión y de otros religiosos adictos a la causa americana debió ser muy importante para perseverar en sus ideales cívicos y salir aún más entusiastas de su empresa patriótica.

El ascendiente, la tenacidad y la inteligencia de Carrión debieron ser muy grandes pues su celda era generalmente la elegida para las reuniones políticas y a ella acudía gente de la talla de Riva Agüero, los abogados Manuel Pérez de la Tudela y Mariano Alvarez, José Matías Vásquez de Acuña, V Conde de la Vega del Ren, los padres patriotas del Oratorio, por supuesto, entre otros numerosos (284). Mendiburo dice que

la concurrencia que "fomentaba en su celda el P. Don Segundo Antonio Carrión, del Oratorio de San Felipe Neri atraído con razón las sospechas del Virrey Abascal, quien con el deseo de dispersar estas reuniones ya que no tenía pruebas para detener a los conspiradores, apeló a los más diferentes arbitrios; en una ocasión hizo situar a la entrada del Oratorio a su más activo y famoso polizonte, Juan Vizcarra, a la hora en que solían concluir las reuniones políticas y "cuando iban saliendo los socios del P. Carrión, les daba las buenas noches a nombre del Virrey, aplicándoles en la cara una linterna de mano que, con tal fin, llevaba debajo de la capa" (285). Desde luego que Abascal no logró dispersar a los "socios" del religioso cuencano y si bien por algún tiempo estos adoptaron alguna cautela, continuaron trabajando con todo ahinco mientras gobernó Abascal y luego, con mayor razón, durante el virreinato de Pezuela.

La fama de Carrión de patriota convencido y activo era tan general que San Martín, luego de conocer el motín de 1818 en el Real Felipe, decidió dirigir cartas a los patriotas de Lima para atizar el fuego de la rebelión. Las cartas según se supo más tarde por confesión del limeño José García, uno de los emisarios de San Martín pero que traicionó a la causa, estaban dirigidas a "Riva Agüero, al P. Carrión del Oratorio, al cura Tagle, D. Diego Aliaga, D. Jerónimo Espinosa (ecuatoriano también), el Dr. Pezet, el Conde de la Vega del Ren, D. Hipólito Unanue y García Rico" (286).

Como consecuencia de la traición de García, un 26 de marzo de 1820, lunes de semana santa y "cuando ya habían pasado varios meses desde la segunda aparición de Cochrane en el Callao, se vio en la pacífica Lima el espectáculo, raro entonces, de que se les afrentase con grillos y otras crueles precauciones. Riva Agüero, el cura Tagle, el Padre Carrión del Convictorio de San Pedro, el Dr. Dn. Joaquín Mansilla, el médico Pezet, el italiano Devoti, el profesor Carrasco y más de veinticinco ciudadanos

respetables, fueron encerrados bajo las bóvedas de la Inquisición..." (287), en la cárcel de la Corte y en las casasmatas del Real Felipe. Carrión estuvo en la carceleta de la Inquisición, pero no por mucho tiempo, pues logró salir bajo fianza (288). Libre ya, se dedicó con más brío a sus actividades revolucionarias, dirigidas más que nada, en los últimos meses de 1820, a preparar la defección del Numancia, en cuya seducción y catequización americana había sido de los más entusiastas (289). En el próximo capítulo veremos la importancia de su sabia participación en los planes que se preparaban para el efecto.

Luego de la entrada de San Martín a Lima, tomó entusiasta parte en los actos de declaración, proclamación y jura de la independencia. Su nombre figura entre los firmantes de la Declaración de la Independencia del Perú, de 15 de julio de 1821, entre los primeros (290). El ilustre cuencano fue agraciado también con la condecoración de la Orden del Sol del Perú, en el grado de Asociado; en relación con el significado de esta insignia y del grado en que le fue concedida a nuestro compatriota, es aplicable lo dicho con respecto al presbítero quiteño Joaquín Paredes.

Los méritos patriotas del P. Carrión fueron muy grandes. El propio Leguía, que economiza elogios cuando se trata de ecuatorianos, no puede menos de citar repetidamente al ilustre "morlaco" en el título en que resume la actividad del clero, y lo pone de ejemplo en el párrafo que dedica a los religiosos patriotas que sufrieron heroicamente por la causa: "... no pocos gimieron en el destierro o en las prisiones, como Barranco y Carrión; o pagaron, como Muñecas, su patriotismo acendrado con el martirio" (12).

Manuel Sauri fue un patriota guayaquileño que desde muy joven se consagró al ejercicio de la marina mercante, primero en el Guayas y después a todo lo largo del Pacífico y aún hasta Buenos Aires. En 1805,

Sauri era ya capitán de un Navío, pese a que no tenía aún treinta años (13). En sus viajes de Panamá a Valparaíso y en sus eventuales contactos con las provincias del Río de la Plata, recogió el ambiente libertario que existía en aquellas partes de América y adquirió, a través de los nacientes grupos patriotas, una decidida vocación separatista.

Dedicóse desde entonces a apoyar la causa americana, llevando propaganda de las ideas liberales y americanas al Perú, primer bastión realista. En todos sus viajes transportaba secretamente agentes de la revolución y comunicaciones de los patriotas de Chile, a los de Quito, Guayaquil y la Nueva Granada y viceversa. Llevaba también mensajes a los grupos que empezaban a formarse, tímidamente aún, en el Perú. En uno de esos viajes en 1810, Sauri tenía en su buque, como agente patriota, al irlandés Mac Kenchir, a quien desembarcó subrepticamente en algún lugar de la costa peruana (14).

Su actividad se intensificó a partir de 1813. Sauri se había relacionado con el Gobernador de Valparaíso, Francisco de la Lastra, marino también (15) y lo puso en contacto con los grupos patrióticos que a la sazón se habían formado ya en Lima. Para entregar una comunicación de Lastra en la que notificaba a los patriotas de Lima, de la próxima llegada a Chile de la expedición (16), Sauri desembarcó en octubre de aquel año en una desierta playa de Chilca, en donde debían esperarle los correos o emisarios de los separatistas que operaban en la capital peruana; pero la ventura no le acompañó. En vez de esos corresponsales topóse con una escolta realista que conducía a Lima al patriota Valdez, apresado en el combate de Camiara (17). Sauri fue detenido y encerrado poco después en una de las cárceles limeñas.

Juzgado militarmente, el patriota guayaquileño fue condenado a cumplir larga pena de prisión en la península, en las bóvedas de las Cuatro Torres del arsenal de la Carraca de Cádiz, la misma mazmorra en que sepultado

en vida moría lentamente el gran precursor venezolano don Francisco de Miranda. Quiso así la suerte que el patriota guayaquileño viniera a ser el último amigo, compañero de infortunio y confidente del gran venezolano; los dos intentaron fugar en una ocasión, pero fracasaron en su plan. Sauri ayudó en todo lo posible a Miranda en los largos meses en que desde celda cercana acompañó al prócer y fue finalmente testigo de su muerte, acaecida el 16 de julio de 1816 (18). Fue también compañero de prisión del patriota lambayecano General José Rivadeneira y Tejada.

Sauri y Rivadeneira permanecieron presos hasta 1820, año en que fueron liberados por la revolución de Riego y Quiroga a la que los dos patriotas agradecidos prestaron su colaboración: Sauri comandó una lancha cañonera. Más tarde retornó al Perú, en donde volvería a servir a la causa de la independencia, como veremos más adelante.

9. Las noticias del desembarco de San Martín en Pisco, que llegaron a Lima la noche del 9 de septiembre de 1820, llenaron de entusiasmo a los patriotas de esa ciudad y de rabia a los realistas. Los primeros, como era natural, procuraron de inmediato hacer un primer contacto con el General argentino. Fue elegido para esta delicada misión el cadete Castillo de Numancia, de quien hay indicios de que pudo ser ecuatoriano; pero detenido el cadete en el camino por las avanzadas del realista Quimper, se le encerró en el Real Felipe como desertor, único cargo que pudo probarse (19).

Fracasada la misión confiada a Castillo, los patriotas decidieron enviar un segundo correo, que salió de Lima el 29 de septiembre (20). Se trataba de un joven comerciante guayaquileño, Martín Guarnís. Así relata Leguía la forma inteligente en que nuestro compatriota pudo cumplir su difícil encargo: "... llevando mercaderías extranjeras a Pisco e Ica, y trayendo de esos puntos productos y artículos del suelo, realizaba viajes frecuentes y notorios entre aquéllos y la capital; y era, en consecuencia, por no inspirar sospecha

alguna, la persona más a propósito para el término que se buscaba. Patriota vivísimo, y tan despierto como astuto, el tal Guarnís, para mejor salvar su cometido de peligros y asechanzas, entendiéndose con uno de sus proveedores de mercaderías a crédito, el comerciante español don Juan de Pértica, amigo del virrey; y, pretextando la dificultad de cobrar determinadas deudas en los pueblos de tráfico hasta Pisco, hizo llevar a presencia del representante regio, recomendar eficazmente este último y expedir pasaporte de privilegio, con orden circular de apoyo y protección para las respectivas autoridades de la senda. Así provisto de tan valiosos amuletos, pudo ponerse a su vez en presencia de San Martín: cumplir todos los encargos que para este se le habían hecho; y aun traer doble correspondencia; oficial, al paso, para los funcionarios españoles; particular para quienes habíanle comisionado con tanto tino y acierto" (21).

Guarnís fue quien trajo a los patriotas las dos primeras cartas de San Martín, de 17 y 19 de octubre, que tenían instrucciones de cómo habrían de lograr el paso del batallón Numancia a la causa americana. Llevó a su vez a San Martín correspondencia valiosísima. Fue este joven "vivo, patriota y valiente" (22), quien dio a conocer al General argentino un plan descubierto por los patriotas de Lima que de no haberle participado oportunamente pudo haber sido fatal para la expedición libertadora, y que consistía en encerrar a San Martín entre dos poderosas fuerzas, lo que le habría obligado a reembarcarse y aun a abandonar su empresa. Guarnís fue también quien llevó las primeras noticias a San Martín sobre la inminencia del pase de Numancia y su actividad continuó hasta que el ejército chileno con su jefe argentino entraron en Lima; y actuó nuestro compatriota sin desmayar en ningún momento en su "sudor y entusiasmo".

La correspondencia de los conspiradores de Lima en aquel entonces era por lo general cifrada, para evitar represalias de los españoles, si caía en sus manos. Los prin-

cipales patriotas tenían además seudónimos o números. La lista de seudónimos que transcribe Paz Soldán corresponde apenas a 14 personas y una de ellas es Guarnís, cuyo sobrenombre de "Valeroso", es renacimiento claro de la virtud que más le adornaba (23).

En Lima, Guarnís actuaba en contacto con López Aldana, Riva Agüero, Joaquín Paredes, el presbítero Joaquín Beitía, Santalla y otros de los más importantes conspiradores, aunque sus contactos con los mismos eran muchas veces indirectos, para evitar que se le descubriera. Guarnís conocía a todos los patriotas de Lima y todos le conocían a él; el guayaquileño, además, en varias ocasiones sirvió de contacto entre ellos. En carta a San Martín, de 13 de febrero, el patriota italiano José Boqui, que actuaba en Lima como agente de San Martín, le dice: "Ayer a las cuatro de la tarde (Guarnís) resolvió presentarme personalmente al patriota nuestro Santalla" (24).

Como emisario de San Martín Guarnís aparece en más estrecho contacto con el italiano Boqui, agente como hemos dicho del general argentino. También se lo advierte muy vinculado al patriota Francisco Grados. Este último, en las declaraciones rendidas dentro de su causa de purificación, llama a Guarnís "primer espía". Cuando el joven guayaquileño venía a Lima, se alojaba en la casa de Grados del barrio de San Lázaro y "concertaba con él, sin restricciones acerca de los planes fraguados para el arribo de la escuadra libertadora al Callao" (25). Es a Grados a quien Guarnís entregó las instrucciones de San Martín "sobre el modo como debía verificarse la pasada del Numancia, para que instruyese a los oficiales que debían ejecutarla" (26) y evitar nuevos fracasos, como el de Surco.

En una de sus cartas a San Martín (27), Boqui, le anuncia: "Anoche salió Guarnís, a quien di seis onzas (de oro) y le hice dar un caballo por el amigo Mariátegui. Le coloqué las cartas en su chifle, que debe entregar a usted" (28). En otra carta le dice: "Tengo el

honor de participar a V.E. que el 2 del presente recibí sus órdenes por mano de Guarnís, quien me hizo todas las demás prevenciones que se debían observar (29).

San Martín no sólo estimaba las virtudes cívicas de Guarnís en alto grado, sino que le dispensaba su afecto personal. En carta a Joaquín Campino y a López Aldana (30), lo llama "benemérito joven, cuyo nombre recuerdo con placer". Era además hombre de su absoluta confianza y lo consideraba útil para las más difíciles empresas: el 25 de enero de 1821 escribe lo siguiente a Cortines, en relación con un arriesgado plan de tomarse los castillos del Callao: "Combine Ud. con (Heres), por medio del dador D. Martín Guarniz, todo lo necesario al feliz éxito de tan noble empresa, bajo la positiva seguridad de que será Ud. poderosamente sostenido por la fuerza expresada (31), en el momento que Ud. la reclame, y auxiliado con víveres, municiones y demás. Dé Ud. entero crédito a lo que Guarniz le diga, y tenga especial cuidado en que la combinación esté tan claramente expresada, bien sea de palabra a Guarniz, o por escrito a Heres, que no quepa la menor equivocación o duda sobre las señales que deben hacerse entre una y otra parte; sobre el día y la hora en que haya de ser sostenido en Lima; sobre todo lo conveniente" (32). Se notará por esta carta así como por una de las dirigidas a Boqui que hemos mencionado, que Guarnís no era simple portador de correspondencia; él traía instrucciones verbales, mensajes difíciles que no se podía confiar al papel; él era el encargado de hacer todas las "prevenciones" necesarias y San Martín, seguro de la habilidad, celo e inteligencia del joven ecuatoriano, exhortaba a los patriotas a seguir fielmente las indicaciones del mismo.

Martín Guarnís murió tempranamente, antes de octubre de 1821 (33), sin ver el triunfo de la causa a la que tantos esfuerzos había dedicado. Su hermano menor, Narciso, "participó de sus mismos afanes patrióticos" y Grados le facilitó la huida de Lima, para incorporarse al Ejército Libertador, cuando

éste se hallaba estacionado en Huará (34).

Aunque a la bizarra actuación de Numancia nos referiremos en el próximo capítulo, ya dentro de la campaña sanmartiniana, debemos en este punto hacer referencia a la actividad que realizó dentro del batallón un distinguido oficial ecuatoriano en la etapa de la conspiración; actividad destinada a la defección de ese cuerpo. Se trata del teniente ambateño Mariano José Castillo, antiguo patriota, con largo historial americanista, que había dado ya en Quito muestra de valor y entereza de carácter. Castillo fue uno de los numerosos americanos patriotas alistados por la fuerza en Numancia, cuando este Batallón en su larga marcha al Perú desde Venezuela, pasó por el Ecuador. Castillo había participado en la revolución de Quito del 10 de Agosto de 1809, y por ello fue encerrado en los calabozos del Cuartel Real de la Audiencia, custodiado por tropas limeñas que habían venido a sofocar el levantamiento de los quiteños.

El fatídico 2 de agosto de 1810, cuando la soldadesca peruana asesinó a los próceres prisioneros en ese cuartel, Castillo, que se hallaba entre ellos, fue herido pero salvó milagrosamente la vida fingiéndose muerto (35). El patriotismo de Castillo salió de este incidente aún más fortalecido y cuando sus heridas sanaron dio toda la ayuda que le fue posible a la heroica guerra criolla que por dos años enteros mantuvo Quito contra el poder español. Fracasada la revolución quiteña, el joven ecuatoriano, curtido ya en cárceles, persecuciones y combates, se mantuvo anhelante en espera de una nueva oportunidad de lucha por la causa americana.

Enrolado a la fuerza en 1818 en las filas numantinas, cuando tenía 27 años, viajó al Perú y se dedicó desde entonces a conspirar para la sublevación del batallón, actividad en la que fue de los más entusiastas y decididos. El virrey del Perú y el comandante del batallón conocían de estos sentimientos y actividades de Castillo, pues existían "indi-

cios vehementes y hasta denuncias terminantes, aunque anónimas" (36) sobre su deslealtad y la de otros de sus compañeros. Sin embargo no se lo había detenido por falta de pruebas fehacientes. En agosto de 1820 ya los propósitos de defección estaban maduros y al anunciarse la presencia de la escuadra de San Martín en las cercanías de Pisco, parecía que había llegado el momento de plegar a las filas americanas, a las que de corazón y de sangre la mayor parte de los oficiales de Numancia ya pertenecían.

Ante ese mismo anuncio (37) los realistas creyeron necesario extraer a Numancia de Lima y acantonarlo en Surco, pueblo de la periferia de la ciudad, desde donde el batallón podía acudir prestamente a las caletas de Chorrillos o La Chira, próximas a la Capital, en donde se suponía que habría de verificarse el desembarco. La defección debió realizarse en la noche del mismo día en que Numancia fue trasladado a Surco, 8 de septiembre, pero el haberse realizado el desembarco en Pisco y fallas de coordinación impidieron que la sublevación se llevara a efecto. Sucedió entonces la captura del Cadete Castillo, primero y frustrado correo entre los conspiradores y San Martín y como los españoles ya tenían noticias de las intenciones de los numantinos de sublevarse de inmediato, detuvieron a los oficiales que aparecían más complicados: los tenientes Mariano Castillo, José Eligio Alzuro, Ramón de la Madrid y Guash; posteriormente serían apresados también Izquierdo, Alcina, Campos, Bustamante y Cuervo; el Capitán León Febres Cordero pudo ocultarse oportunamente, burlando a sus captores. Castillo y sus compañeros fueron encerrados en el Real Felipe. La captura de Castillo y otros oficiales produjo alarma entre los conspiradores. El Numancia fue devuelto rápidamente a su cuartel de Guadalupe en Lima, las autoridades ordenaron que se extremara su vigilancia. Los planes de defección tuvieron que ser suspendidos por el momento.

La situación de nuestro compatriota y

de los demás oficiales y soldados prisioneros en las casarmatas del Callao, debía ser decisiva para los acontecimientos posteriores. Ellos constituían la flor y nata del batallón y cualquier intento de asaltar el Real Felipe para liberarlos (38) podía concluir como en el trágico 2 de agosto de 1810, en Quito; la misma defección del batallón en esas circunstancias habría traído, como represalia, el fusilamiento de los prisioneros. Conscientes de esta realidad, los numantinos exigían que antes de la defección se procurase a toda costa libertar a los presos pero sin riesgo inminente de su vida. La evasión era, pues, la condición indispensable para el pase del batallón a las filas americanas.

Y la evasión se realizó; veámoslo cómo. El comienzo fue ganar a la causa patriota a un sargento del batallón Arequipa que guarnecía la fortaleza; éste a su vez, dando pruebas de inteligencia y arrojo extraordinarios, conquistó para el plan a todos los individuos de tropa que servían de centinelas de vista frente a los calabozos de los presos; lo mismo hizo con la guardia de la prevención. Concluido el trabajo se señaló la fecha para la huida y en el día fijado, por la noche, dieciocho caballos ensillados esperaban a los fugitivos en las vecindades de Bellavista. En la hora acordada los propios guardias liberaron a Castillo y a los otros ocho detenidos y éstos, unidos a los nueve centinelas de vista y a la guardia de prevención, sin que nadie se percatara, fueron abandonando la fortaleza (39) amparados por las tinieblas, conteniendo apenas sus manifestaciones de gozo al verse libres. Llegaron a Bellavista, tomaron allí los caballos que les esperaban y así, enancados varios de ellos, cruzaron el pueblecito de Magdalena y continuaron camino de la capital hasta una huerta llamada de Mata- mandinga arrendada por Juan de la Cruz Portocarrero, hermano del sargento del Arequipa con cuya intervención se había hecho posible la liberación.

Cuando los realistas de la fortaleza descubrieron la evasión de los prisioneros,

centinelas y guardias, despacharon varias patrullas a cernir la región. Los evadidos ya lo esperaban y por ello su primera preocupación fue deshacerse de caballos y monturas, sospechosos por su número, y de las armas que los soldados escapados habían traído consigo "por temor a las consecuencias de su complicidad". Todo fue convenientemente distribuido y escondido en lugares y chacras adyacentes y se pusieron espías con orden de estar alertas a la presencia de soldados españoles. No tardó en presentarse una patrulla y todos los evadidos, que entre exprisioneros y cómplices pasaban de la veintena, se metieron apresuradamente con el agua hasta el cuello, en la acequia ancha y bajo un puente alcantarilla que existía en las cercanías (40). Dice Mariátegui que los cuerpos de tantos hombres apretados entre sí, represaron la acequia que se desbordó causando daños en la hacienda de la Cabeza; esta circunstancia pudo llamar la atención de los realistas y ser fatal paralos fugitivos; afortunadamente para Castillo y sus amigos, la patrulla española no malició la causa del desbordamiento de la acequia y se alejó del lugar.

Como Matamandinga no ofrecía seguridad, esa misma noche abandonaron todos la finca, pasando por el muro exterior de la huerta llamada del Deán, de propiedad del chileno Flores (41). De allí los soldados se dispersaron a diversos hogares limeños. Castillo y otros seis, es decir la mayor parte de los oficiales numantinos evadidos en esa oportunidad, pasaron a casa de los hermanos ecuatorianos Gertrudis y José Coello, de los que hablaremos de inmediato.

Cuervo y Bustamante fueron a la de Mariátegui, pasaron a la de Joaquín Paredes y Arce, como ya sabemos, y el 27 de octubre, al tratar de alcanzar la chacra de los Coello, fueron detenidos.

De esta misma casa Castillo y los otros oficiales, con el auxilio del guerrillero Quiroz y cuando ya se había producido el pase del Numancia, salieron hacia Huaura, emprendiendo viaje por las serranías de

Huamantanga. Aunque no se trataba de un viaje largo, el trayecto fue peligroso y estuvieron a punto de ser aprehendidos por las partidas españolas que los seguían, salvando gracias a la intervención del cura de la aldea mencionada; de Huamantanga descendieron hacia Retes y pasaron a Huaura, presentándose jubilosamente en el cuartel general de San Martín. Castillo y cada uno de sus compañeros fueron ascendidos al grado inmediato superior por el General argentino (42).

11. Durante la revolución de la independencia del Perú vivían también en Lima dos hermanos guayaquileños, ambos entusiastas patriotas, José y Gertrudis Coello, a los que ya hemos mencionado varias veces. José era un respetado comerciante; su hermana, una distinguida e inteligente dama. Los dos conspiraron y ayudaron a la labor de zapa y catequización del batallón Numancia (43), pero sobre todo se distinguieron por haber sido su casa el refugio de fugitivos y perseguidos, en especial de oficiales de aquel batallón, huidos de los calabozos del Real Felipe, luego del fracaso de la sublevación de Surco. Mariátegui, que fue testigo y actor de estos acontecimientos lo dice así: "Los Torres fueron ocultados por la señora Guislas y muy considerados en su escondite: Geraldino lo fue por el Dr. Concha, Bustamante y Cuervo por mí, y por Flores y un Guayaquileño Coello, los oficiales sacados de casasmatas" (44). ¿Qué oficiales fueron ocultados y ayudados en su fuga por nuestros compatriotas? El mismo Mariátegui cuenta que los realistas habían dado la orden de detener vivo o muerto al capitán numantino León Febres Cordero, noticia que llegó a los oídos de una limeña patriota, Carmen Noriega, quien llevó a Febres Cordero a casa de los Coello. Allí pasó algunos días y el propio Mariátegui lo sacó una noche para embarcarlo algo después en un buque de la escuadra bloqueadora, por el Barranco de Agua Dulce (45). Es entonces que este patriota venezolano pasaría a Guayaquil, en donde con Urdaneta y Letamendi tendría tan importante participación en la revolución del 9 de Octubre de 1820.

Pero no sería Febres Cordero el único a quien los Coello ayudarían a salvar su libertad y aun su vida. Ya hemos dicho en líneas anteriores que a la casa de los Coello fueron siete de los nueve oficiales numantinos fugitivos del Real Felipe: el ecuatoriano Mariano Castillo, Pedro Alcina, José Eligio Alzuru, Félix Campos, Pedro Guash, Pedro Izquierdo y Ramón La Madrid; otros dos oficiales del mismo batallón, a los que también hemos mencionado, Rafael Cuervo y José Bustamante, compañeros de los anteriores, habían permanecido ocultos con la colaboración de Mariátegui y luego pasaron a casa de nuestro compatriota, el presbítero Joaquín Paredes; al abandonar este refugio para pasar donde los Coello, cayeron en manos de los españoles, el 27 de octubre; más tarde pudieron huir del Real Felipe y alcanzaron directamente la residencia de los dos hermanos guayaquileños y en compañía de los otros siete oficiales, fueron con mil precauciones deslizándose por una ventana hacia una chacra no muy lejana, en donde Quiroz, famoso más tarde por sus actividades de guerrillero, los recibió y condujo a Huaura, a unirse al ejército libertador, cuando Numancia ya había defecionado, es decir después del 3 de diciembre de 1820.

Nuestra compatriota Gertrudis Coello fue una de las damas residentes en Lima en aquella época que en forma más eficaz y desinteresada sirvió a la causa americana; sin embargo, como lo dice Leguía (46) su nombre no se halla entre las "beneméritas" del oficialismo, galardonadas muchas "con más galantería que justicia y distinción".

Fue también sobresaliente la colaboración del pudiente quiteño dedicado en Lima a la actividad comercial, don Jerónimo Espinosa (47), quien a juicio de Mariátegui fue, con Cecilio Tagle, desde casi el inicio de la conspiración, uno de los banqueros de la misma (48), aparte de entusiasta propagandista de las ideas libertarias. Espinosa actuaba independientemente, dispuesto más bien a apoyar a los planes de los carolinos y copetudos (49) y sin formar parte del grupo de forasteros que presidía López Aldana. Por

sus entronques y su posición social y económica, se lo podría situar en el grupo de los copetudos, si fuese necesario incluirlo en alguno de los grupos políticos entonces existentes. Espinosa se contaba en el reducido y privilegiado grupo que recibía cartas de San Martín, antes de que éste ingresara en Lima, lo que denota el prestigio de que gozaba y su preponderante posición patriótica.

Pese a su avanzada edad, pues Espinosa era entonces un anciano, tuvo valiente actuación en la represión de los desmanes que azuzados por los realistas provocaron elementos de la plebe limeña, poco después del ingreso de San Martín a esa ciudad. La acción decidida del quiteño evitó que el saqueo se generalizara en la capital y facilitó la recuperación de las especies robadas de las tiendas de los comerciantes de la calle de Bodegonos (50).

Se distinguió también el abogado quiteño Dn. Nicolás Mosquera, quien había venido huyendo del Ecuador, "dejando su familia y empleo por temor a la persecución de los españoles". En Lima se dedicó a defender a los patriotas detenidos por las autoridades peninsulares, entre ellos el principal actor de la revolución de Huánuco, Panatahuas y Huanalíes, padre Mariano Aspiazu, su compatriota, y a Manuel Arce y Correa, quien pudo evadirse por influencias de Mosquera y unirse al ejército libertador. Mosquera llegó a ser abogado de los Tribunales de Purificación (51).

Entre los cómplices en el motín del Real Felipe de 1818, hemos citado al guayaquileño Tomás Balarezo. Leguía lo sitúa en el grupo de patriotas de Lima que en torno de los corresponsales directos de San Martín, "figuraron como brazos o cerebros cooperantes ... patriotas, que si no se comunicaban directamente" con el prócer argentino "contribuían de mil maneras en la propaganda y a la acción subterránea, socavadora y disolvente, que les habían sido recomendadas, como obligación suya actual,

única y exclusiva, por el general en jefe" (52).

Hemos mencionado ya el nombre de una distinguida mujer ecuatoriana, Gertrudis Coello, que actuó a favor de la causa patriota en el Perú, durante la etapa de revolución y protectorado de San Martín. Pero este no fue el único caso. Como sucedería más tarde en que mujeres ecuatorianas enroladas como soldados en las fuerzas de la Gran Colombia, pelearon en combates y batallas definitivas de la independencia del Perú, antes de esto ya varias compatriotas nuestras prestaron inmenso y meritorio apoyo a la conspiración, influyeron en el paso al bando americano del batallón Numancia, auxiliaron a las tropas expedicionarias chileno-argentinas comandadas por San Martín y participaron en los actos solemnes de Independencia, de julio de 1821. Dos nombres debemos mencionar en primer término: los de la guayaquileña Rosa Campusano y de la quiteña Manuelita Sáenz de Thome.

Descolló más que ninguna otra, sin duda alguna, Rosa Campusano, "hermosa y astutísima" joven guayaquileña; llegada a Lima en 1817, se hizo "ardiente partidaria" de la independencia, con el mismo entusiasmo febril con que las mujeres se apasionan de toda idea grandiosa (53). Su atrayente casa de la calle de San Marcelo se convirtió pronto en lugar predilecto de reunión para los conspiradores y en refugio para patriotas fugitivos. Allí estuvieron, según Ricardo Palma, los condes de la Vega del Ren y de San Juan de Luirgancho, el Marqués de Villafuerte, el Visconde de San Domás "y otros títulos partidarios de la revolución"; el caraqueño Cortínez, Boqui, Sánchez Carrión, Mariátegui (54) y seguramente el quiteño Ortiz de Cevallos.

Rosa Campusano tuvo intervención directa en el paso del propio General Lamar a la causa patriota. El hecho lo narra Francisco Javier Mariátegui (55) en la siguiente forma: "Cuando San Martín desembarcó en nuestras costas, recibimos un

paquete que contenía comunicaciones que el general del Ejército Libertador dirigía a los jefes americanos que tenían la desgracia de servir en las filas del ejército opresor. Uno de los que recibió un oficio fue el General La Mar, Da. Rosa Campusano lo tomó, y con el pretexto de hacerle una solicitud le pidió que lo oyese en secreto, en lo que convino La Mar. La Campusano dejó sobre el sofá en que estaba sentada, el consabido pliego que el General encontró poco después que la interlocutora se retiró, evacuada su fingida pretensión. La Mar leyó su oficio y a nadie habló una palabra; procedió con dignidad y como caballero. Igual conducta observaron Llanos, Oterín y demás jefes. Pero Landázuri, limeño por desgracia (56), se apresuró a llevar su carta al Virrey...". "Estoy instruido de estos antecedentes —continúa Mariátegui— por la relación que el General La Mar me hizo en conversaciones particulares que tuve con él cuando en ratos de descanso hablábamos de los acontecimientos recientes ...".

La propia Rosita relata su actividad patriótica (57); dice que "cuando el Gobierno español inmolaba víctima a sus rencores", hizo ella todo lo que estuvo de su parte para facilitar el tránsito de muchos patriotas, a las filas del ejército libertador situado en Huaura, proporcionándoles los medios necesarios para su evasión, acompañándolos muchas veces hasta fuera" de Lima, y escondiendo también en más de una ocasión "al que los conducía, cuando regresaba con correspondencia". Auxilió decididamente a los oficiales de Numancia, fugados de las Fortalezas del Callao, "después de la malograda revolución de Surco", en la que nuestra compatriota tuvo también participación importante (58). Numerosos fueron los oficiales huidos de casasmatas que se refugiaron en una casa grande que Rosa Campusano, de su propio peculio, alquiló y amuebló con ese fin. Entre los que la ilustre guayaquileña ocultó en persona estuvieron Arsur, Cuervo, Bustamante y La Madrid, según ella misma lo expresa. Les proporcionó bestias y monturas para que fueran a unirse al ejército

patriota y, después de esto, mantuvo intensa correspondencia con ellos y con otros oficiales y repartió proclamas y cartas que le remitían, procurando ganarse a muchos "que estaban ciegos por el partido contrario y hasta a los mismos oficiales del Rey, sucediendo que algunos, abandonando sus banderas, se acogieron bajo el pendón patrio". "En una ocasión que venía correspondencia —añade la ilustre prócer— fue tomada y por ella fue descubierta y puesta en prisión de la que me libré al cabo de algunos días por el influjo de poderosas personas y el derrame de dinero que hice por mí y otros que me eran compañeros en la causa misma". Libre ya, salió de Lima, ayudando a otros para que lo hicieran. Cuando regresó a la capital peruana todos sus bienes habían sido secuestrados por el Gobierno español y Rosa Campsano, persona de gran fortuna, quedó sumida en la miseria. El Gobierno peruano, años más tarde, no atendió un pedido suyo de alguna pequeña retribución que reclamaba y que por sus méritos debió darse a esta ilustre hija de Guayaquil. La disculpa oficial para esta negativa fue que el tesoro estaba exhausto (59).

Aunque Rosita había servido ya más de una vez como emisaria de San Martín, no conocía, como es lógico, al prócer, antes de que este entrara en Lima. Abandonada la ciudad por los realistas, San Martín desembarcó el 10 de julio de 1821 en el Callao y se presentó de incógnito en el palacio de Pizarro, al empezar la noche del mismo día. La noticia se regó de inmediato en la ciudad y la gente acudió al palacio a conocer al héroe; Rosa Campusano fue también, con un grupo de cinco muchachas de la aristocracia limeña. Allí conoció Rosa Campusano a San Martín y, según se dice, allí mismo el guerrero argentino quedó apasionadamente prendado por la belleza de la joven ecuatoriana (60).

Mencionamos el hecho por las influencias de carácter político que se atribuyen a la amistad entre San Martín y la joven guayaquileña.

Pocos días después de conocer a San Martín, Rosa Campusano, en compañía de su amiga y compatriota Manuela Sáenz de Thorne, estaría presente en los actos de declaración, proclamación y jura de la independencia del Perú. Pronto la amistad con el Protector se estrecharía, y la ecuatoriana se vería convertida en "la reina sin corona tanto del mundo elegante como del Político" (61). Rosita estuvo entre las que fueron agraciadas con la "Orden de mujeres" paralela a la Orden del Sol, creada por San Martín por decreto de 11 de enero de 1822, para recompensar a "las patriotas que más se hayan distinguido por su adhesión a la causa de la independencia" (62). Si bien esta Orden en muchos casos fue distribuida más por galantería que por méritos, en el caso de Rosa Campusano no sucedió así; ella más que nadie la merecía, pues se distinguió sobre todas por su patriotismo americano (63).

La insigne patriota quiteña Manuela Sáenz y Aispuru vino al Perú, poco antes de su matrimonio con el médico inglés Jaime Thorne, celebrado en julio de 1817 (64). Permaneció en Lima hasta abril de 1822 y le tocó ser actora y testigo de una buena parte de la conspiración por la independencia del Perú y de la etapa sanmartiniana de la misma; estuvo en la Declaración de emancipación del 28 de julio de 1821.

Aunque desde su llegada a Lima había participado en reuniones secretas y otras actividades subversivas, su labor patriótica se intensifica con el arribo a la capital peruana del batallón Numancia, dentro del cual estaba su hermano José María, fervoroso americano de quien hablaremos más tarde. Manuela participa en reuniones con oficiales de aquel batallón; se convierte en amiga de la unidad y "su más asidua contertulia"; "su figura que apasiona a los oficiales numantinos, tornóse también familiar ... nada era secreto para ella, y ella, a su turno, volvióse el alma de la conspiración para que tan gallarda unidad, con cuadros americanos, se pronunciase por la causa independiente y proclamase la revolución" (65).

Y Manuela, "a la par inteligente, varonil, linda y hermosa" (66), muchas veces en compañía de su amiga y compatriota Rosa Campusano, desarrolla siempre una actividad asombrosa: "Asiste a reuniones secretas, ayuda con dinero a subvenir los gastos que demanda la conspiración; por último, en forma clandestina, con suma inteligencia reparte la propaganda política necesaria. Luego, con el mayor sigilo y discreción ayuda al progreso del movimiento, recolecta dinero, organiza la confección de ropa y el arreglo de bastimentos para los soldados que permanecen en el frente de guerra" (67). Su nombre, como "señora de Thorne", consta en la "Relación de las personas que han contribuido con ponchos y frazadas y otras especies que se expresan, para el abrigo de las tropas del Ejército Libertador", enviada a San Martín por el Marqués de Montemira, el 19 de agosto de 1821 (68).

Cuando el Virrey español renuncia, el 5 de julio de 1821 y el Gobierno de Lima queda a cargo de Montemira, Manuela permanece en esa ciudad, esperando a San Martín. Luego de la entrada de éste, la ayuda de la patriota quiteña a la causa de la independencia peruana continúa con el mismo o mayor ardor y ella está presente en la reunión del Cabildo Abierto de 15 de julio de 1821, en la que se declara la independencia del Perú. En lugar preferente, muy cerca del Alcalde, del Arzobispo y de los miembros del Ayuntamiento, se encuentra la quiteña junto a su amiga Campusano y a muchas otras personas "de reconocida probidad, luces y patriotismo", y cuando se les pregunta "si la opinión general se hallaba decidida por la Independencia", responde con entusiasmo que sí, como ciudadana de América, que la voluntad de todos es que el Perú y todo el continente sean independientes de la dominación española y de cualquier otra dominación extranjera, y suscribe el acta con otros tres mil quinientos vecinos de la población, llevando además a varios de sus amigos a que procedan en la misma forma el 17 de julio y el 4 de agosto inmediatos.

Colabora luego con más entusiasmo en los preparativos de la Proclamación Solemne de Independencia que debe ratificar la voluntad anterior y frente al tablادillo levantado en la Plaza Mayor, junto a otros quiteños, escucha alborozada el 28 de julio, un sábado, las palabras del Protector: "El Perú es desde este momento libre e independiente por la voluntad general de los pueblos y por la justicia de su causa que Dios defiende. Viva la Patria. Viva la Libertad. Viva la Independencia". No podía faltar tampoco a la Jura de la Independencia que se realiza al día siguiente, domingo, en los cuatro cuarteles que agrupan los cuarenta y un barrios de la ciudad de Rímac.

Por sus servicios a la causa de la libertad peruana, Manuela fue condecorada con la Banda de la Orden del Sol, en el Grado de Caballeresa, al igual que su coterránea Rosita Campusano y "llevó con todo orgullo la cinta roja y blanca de la Orden" (69). Chiriboga señala que San Martín premió a la bella dama quiteña con "esta altísima distinción de la que, por varios motivos y circunstancias y sobre todo por reservas del Generalísimo argentino, pudieron alcanzar muy pocos de la Colombia de Bolívar" (70).

De regreso ya a su ciudad natal, Quito, Manuela no se olvidó de la causa de la independencia peruana. Poco después de llegada enviaba como contribución para la misma nueve acémilas de su hacienda de Catahuango (71). En próximo capítulo volveremos a verla ya en la etapa granco-lombiana de la Independencia del Perú.

Entre las mujeres ecuatorianas que realizaron múltiples actividades a favor de la causa patriota en el Perú, estuvo también la quiteña María Mercedes Ortiz de Cevallos de Egusquiza, hermana de Ignacio y Tomás Ortiz de Cevallos, de quienes ya hemos hablado (72) y entre las "damas beneméritas" que como Manuela Sáenz y Rosa Campusano recibieron de San Martín la banda bicolor, "Divisa de Patriotismo", figuran las

hermanas guayaquileñas Mercedes Aguirre de Icaza y María Aguirre de Marcos (73). Seguramente en la lista de matronas patriotas hay otras ecuatorianas, pero solamente por sus nombres no nos ha sido posible identificarlas.

Otros patriotas ecuatorianos, religiosos especialmente, vinieron también al Perú expulsados de su tierra, luego de la revolución de 1809 y de los años siguientes. En su testimonio ante la junta de Purificación en favor de los méritos patrióticos de Ortiz de Cevallos, Riva agüero dice que declaraba "por conteste aserción de quantas personas estuvieron en Quito durante su revolución, y por notoriedad"; es decir que había en Lima varios participantes del alzamiento quiteño, aparte del propio Ortiz y de Joaquín Paredes; en otra forma Riva Agüero no habría usado esos términos. Pérez de Tudela, por su parte, expresa que la historia de Ortiz de Cevallos fue referida por "un paisano" del quiteño, y asegura que aquel paisano de Ortiz tenía un "carácter, probidad y luces no comunes"; finalmente López Aldana, en carta a la que nos referiremos con detenimiento más adelante, asevera que la revolución de la independencia fue hecha en su mayor parte por gente de fuera de Lima y, entre esa gente, por quiteños.

Aparte de los que hemos citado, debió haber pues muchos otros ecuatorianos que colaboraron con la causa patriota del Perú en la etapa revolucionaria, sobre todo entre los numerosos emigrados forzosos de la revolución quiteña, residentes en aquel país cumpliendo muchos de ellos condenas de destierro. La actuación de varios de estos, sin embargo, sujeta a estricta vigilancia de las autoridades, en tratándose de civiles, o de sus prelados, en el caso de los eclesiásticos, debió desarrollarse con el mayor sigilo, en la sombra, sin dejar rastro.

Entre estos desterrados citemos en primer término a Tomás de León y Carcelén, sentenciado a ocho años en Piura (74); al presbítero Tadeo Romo, a quien se le había

impuesto detención de un decenio en una recolección también de Piura; al doctor Juan Pablo Espejo, hermano de nuestro Precursor, quien en el siglo anterior ya había sufrido una reclusión temporal en Popayán, por secundar las actividades patrióticas de su hermano; durante la revolución de Quito fue capellán de las tropas patriotas, por lo cual fue enviado por diez años al Cuzco, en donde estuvo durante la revolución de 1814, en la cual tan importante participación tuvieron los religiosos; difícil se nos hace pensar que él no hubiera secundado este alzamiento. En Lima cumplía también sentencia el padre Francisco Luis Cevallos, que combatió en Mocha (75). Quien sabe si con alguno de estos religiosos hizo su viaje al Perú el prócer quiteño de la revolución de Huánuco, el "cura alzado" fray Mariano Aspiazu. También el Obispo Cuero y Caicedo fue extrañado a Lima, en donde el ilustre patriota murió el 9 de octubre de 1815 (76). Hemos conocido que tuvo también papel importante en la propagación de las ideas revolucionarias en el Perú, en aquellos años tanto en Cajamarca como en Lima, el presbítero cuencano Miguel Solano, hermano del fray Vicente Solano. El presbítero Solano fue familiar del Obispo Carrión y Marfil (77) y luego Cura y Vicario de la provincia de Cajamarca (78).

Repetidamente hemos mencionado el nombre de Fernando López Aldana, santafereño, que tan destacada actuación tuvo en la revolución de la independencia del Perú. Volvamos a tratar de él, pese a que nuestro trabajo está dedicado a la labor de los ecuatorianos, en razón de las vinculaciones que este ilustre bogotano tuvo con nuestro país y por las numerosas referencias que en sus escritos revolucionarios hay para Quito.

Fernando Mariano López Aldana nació en Santa Fe de Bogotá el 30 de mayo de 1784. Hizo sus estudios de Jurisprudencia en Quito, a donde había viajado en 1805 con su padre el panameño Sebastián José López Ruiz, designado contador de tributos de nuestra Presidencia. Algunos historiadores

afirman que en Quito, imbuido de las ideas liberales y separatistas que existían ya en el país, se comprometió con la revolución del 10 de Agosto de 1809, razón por la cual, repuesto el Conde Ruiz de Castilla en su autoridad, se vio obligado a fugar al Perú, camino de Cuenca, Loja y Piura. Ya en Lima, actuó como agente de los patriotas ecuatorianos (79) y fue de los primeros que inició la lucha ideológica clandestina contra los españoles peninsulares, a través de un periódico manuscrito —único medio de hacerlo en aquellas circunstancias— llamado "Diario Secreto de Lima". El primer número de este diario circuló el 1° de febrero de 1811.

Desde la primera entrega de su "Diario Secreto", López Aldana hizo referencias a Quito; habla, en efecto de los "brillante ejemplos" de Quito, Buenos Aires, Santa Fe, Caracas, Cartagena y México, que hacían temblar a los tiranos y "caer una gran parte del velo de nuestras tinieblas" (80). En el número tercero del mismo diario se recrimina y apostrofa a Abascal por la "espantosa carnicería" de Quito (81). En otras entregas hay noticias de nuestra Patria, siempre relacionadas con la revolución.

Finalmente, hay en la correspondencia de López Aldana más de un reconocimiento a la labor que desarrollaban los ecuatorianos, quiteños entonces, por la independencia del Perú; de Lima, en consecuencia, pues, de la actitud de la capital dependía la de todo el virreinato. El más claro de esos reconocimientos es el que consta en la comunicación que con fecha 3 de noviembre de 1820 escribía a San Martín y que dice: "cada día admiramos más con este motivo y por eso lo repetimos, que en las diversas asociaciones o reuniones de patriotas que hay en esta ciudad para coadyuvar con lo que puede cada miserable, que lo somos en efecto, al éxito de la causa, apenas se cuenta un limeño que haya hecho el menor esfuerzo con su persona o con un real para nada, y los dichos se componen de santafereños, caraqueños, quiteños, portefios, extranjeros y serranos, en fin todo fuera de Lima; y no es porque los

limeños dejen casi todos de desear la independencia para figurar, sino porque no quieren comprometerse". Y añade en la misma carta refiriéndose a los esfuerzos hechos por los patriotas, entre ellos por los ecuatorianos residentes en Lima: "...sacrificios hechos no por algún pudiente de esta ciudad sino por patriotas pobres como nosotros, pero muy virtuosos y ninguno hijo de este infame pueblo" (82).

Varios autores peruanos, naturalmente, se han preocupado de contestar estas palabras de López Aldana, Mariátegui, entre ellos, quien al hacerlo expresa que santafereños y caraqueños hubo muy pocos o no los hubo en Lima, aceptando implícitamente la importante presencia de ecuatorianos, portefios y chilenos.

#### NOTAS BIBLIOGRAFICAS

- (1) Carlos Ortiz de Zevallos Paz Soldán, bisnieta

- del prócer, en su extenso e importante prólogo a la obra "La Misión de Ortiz de Zevallos en Bolivia (1826-1827)", recopilación del citado autor, Archivo Diplomático Peruano, Tomo V, Ministerio de Relaciones Exteriores del Perú, Lima, 1956, dice que su antecesor "actuó como uno de los paladines de la gesta emancipadora (de Quito)". Op., cit. p. XII.
- (2) Confesión de Ignacio Ortiz de Cevallos.- Proceso citado, Vol. VIII, primera parte; cit. por de la Torre Reyes, op. cit. p. 494. Ortiz de Cevallos fue condenado a diez años de presidio en Valdivia.- Condenas pronunciadas por el General Toribio Montes contra algunos patriotas en 1812. Boletín de la Academia Nacional de Historia. Vol. VIII, Quito, enero-junio de 1924, nos. 21, 22 y 23.
- (3) Una de las cartas de Ortiz, redactada en tono de franco desafío y burla, estaba dirigida al Jefe del Destacamento de Pasto, a nombre de Zambrano, cuando nuestras tropas avanzaban hacia Popayán. Su texto fue reproducido por primera vez en la obra de Alfredo Ponce Ribadeneira, Quito 1809-1812, Madrid, 1960, pp. 40 y 172 a 174.
- (4) Vendados los ojos y remachados con grillos, privados de alimentos, entraron a Guayaquil, paseando por sus principales calles sobre el lomo de fomidados negros, entre burlas y sarcasmo de los realistas. Luego fueron arrojados como perros a repugnantes mazmorras, sujetos a los más infames castigos: desde el hambre hasta el cepo alto, falleciendo don Joaquín Tobar, quien suplicante pedía que se le quitara los grillos.- Zúñiga, op. cit. p. 482.
- (5) Memorial que presentó en noviembre de 1821 el Protector del Perú, para obtener la vacante de Fiscal de la Corte Suprema de Justicia. Ortiz de Zevallos, op. cit. pp. XIII, XIV, XLVI y sgts.
- (6) Ortiz de Zevallos, op. cit. pp. XV y XLVI (petitorio y declaración de Ortiz); XLIX y L (declaración de Riva Agüero); LI (declaración de Villarán); LI y LII (declaración de Pérez de Tudela).
- (7) Respetamos la ortografía original
- (8) Informe del Fiscal Correa, de la Junta de Purificación, de 8 de enero de 1822. Ortiz de Zevallos, op. cit. p. LIII.
- (9) De Tomás Ortiz de Cevallos, hermano de Ignacio, a quien ya hemos mencionado, no tenemos mayores informaciones. Hemos encontrado sin embargo su nombre entre los firmantes de una representación que lo más notable de Lima dirigiera a Torre Tagle, Supremo Delegado del Perú, el 25 de julio de 1822, pidiendo la deposición del Ministro Bernardo Monteagudo, por sus "tiránicas, opresivas y arbitrarias providencias". Esta comunicación se publicó en un folleto con los nombres de 308 de los firmantes más representativos, entre ellos el de Ortiz, Leguía, op. cit. T. VI, p. 235.
- (10) Op. cit. p. 153. Actualmente es otra vez el convento de San Pedro de los Padres jesuitas.
- (11) Leguía dice erróneamente que Carrion era de la ciudad de Quito, Op. cit. II, p. 264.
- (12) Op. cit. p. 19.
- (13) (282) Leguía, op. cit. II, p. 279.  
(283) Colección ... Tomo XXVI, Vol. 2°. citados, p. 19.
- (14) Sauri nació en nuestro primer puerto hacia 1778 y desde muy temprana edad se dedicó al mar. Los detalles de su actividad patriótica lo sabemos por Vicuña Mackenna, quien lo conoció y trató directamente. Op. cit. Edición de 1860, pp. 172 y 173, nota y 188. En la edición de 1924, reproducida en El Perú y su Independencia -Antología, Lima, 1970, Vol. 1, se han suprimido, seguramente por error involuntario, los párrafos que Vicuña Mackenna dedica a nuestro compatriota en la parte XII del Cap. 2° de su obra, edición citada
- (15) Mac Kenchir fue detenido casi inmediatamente de su desembarco, por gente de Abascal y encerrado en las casamatas del Callao, como sospechoso de espionaje o de conducción de comunicaciones, escritas o verbales, de los Gobiernos de Buenos Aires o Chile.
- (16) Lastra sería más tarde Director de Chile.
- (17) La comunicación que portaba Sauri, según parece, se refería al arribo del regimiento de "talaverinos", de tan nefasto recuerdo para la capital chilena.
- (18) En este combate fue definitivamente liquidado el levantamiento de Enrique Paillardelle, por las fuerzas del intendente de Arequipa, José Gabriel Moscoso.
- (19) No podemos dejar de reproducir lo que Vicuña Mackenna, quien como hemos dicho conoció a Sauri y recibió directamente de él detalles de

su vida, nos relata sobre los años en que el prócer guayaquileño compartió su prisión con Miranda: "Su calabozo (el de Sauri), estaba separado de el del ínclito patriota venezolano, sólo por un lóbreo y solitario pasadizo; de manera que les era fácil comunicarse, mediante el cohecho de algunos guardianes y, particularmente, de un sargento de inválidos, llamado Francisco Ramírez, que afeitaba a los presos, semanalmente, por el módico precio de un ochavo; y de un asturiano, cabo de rondines, que hacía la comida de Miranda. Por medio de este, logró Miranda ganar la cooperación de Sauri para un plan de fuga, que meditaba de acuerdo con el sargento Ramírez; - aun el último le prestó doscientos pesos (de quinientos que tenía) para aquel fin. Burlólos, empero, el sargento; y ambos tuvieron que resignarse a su impotencia y a su martirio. Todo lo que fue dable a Sauri hacer por el gran caudillo, consistió en una comida decente, que, de lo que él podía disponer en dinero, le hizo preparar en la pascua de Navidad de 1815.- Asistió también, desde su calabozo, a los terribles lances de la enfermedad y muerte de Miranda, que tuvo lugar a las cinco y cuarto de la mañana del 16 de julio de 1816. La lobreguez de la prisión, el alimento escaso y grosero, y los dolores morales, produjeron en la sangre de la víctima una corrupción general, como la del escorbuto, y se brotó todo su cuerpo con heridas. Aún así, sólo le sacaban los grillos de noche; y, a pesar de tener un guardián dentro de su misma celda, jactábanse, sin embargo, sus carceleros de que le habían de doblegar en sus últimos días; y, especialmente, un fraile de San Diego, apellidado Carrillo, a cuyas exhortaciones de bien morir, Miranda contestó con el más desdeñoso silencio, diciendo que, en su conciencia, y no en la gritería de un fraile español, encontraba su absolución; y que, en cuanto a su purgatorio, ya lo había sufrido en sus manos. Hubo, en consecuencia, disputas sobre si lo enterrarían en sagrado o en el campo; y al fin le dieron una anfibia sepultura, envolviendo el cadáver en su colchón, y zambulléndolo en el blando fango de uno de los islotes de la Carraca, que la marea cubría con la creciente".- Vicuña Makenna, Revolución de la Independencia del Perú, Lima, 1860, págs. 172 y 173, nota.

(20) Mariátegui, op. cit. p. 22, dice que este cadete era sobrino de Febres Cordero, oficial de Numancia; Leguía en cambio lo señala como emparentado con otro oficial de ese batallón, el teniente Mariano Castillo. Si lo que afirma Leguía es verdad, este valiente muchacho sería ecuatoriano, pues Mariano Castillo, de quien hablamos en este mismo capítulo fue

ambateño y prócer salvado milagrosamente de la matanza del 2 de agosto de 1810. Además, poco después de la captura del cadete, fue aprisionado también su "pariente" oficial de Numancia, lo que podría significar que habría entre ellos especial relación. No tenemos sin embargo ninguna certeza al respecto y por eso no lo anotamos en el texto como otro de los ecuatorianos que participó activamente en esta etapa de la independencia peruana.- Consideramos de interés señalar que aunque no se le encontrara al cadete Castillo papel comprometedor alguno, el simple cargo de desertión pudo significarle la pena máxima, de la que salvó únicamente gracias a la intervención del Asesor de su causa, Dr. Nicolás Aranibar.

(21) Según Leguía, Guarnís, logró llegar a Pisco, donde se hallaba San Martín, el 18 de septiembre. Op. cit. III, p. 225.

(22) Leguía, op. cit. II, pp. 535 y 536.

(23) Carta de Miguel Otero, de 10 de agosto de 1817, citada por Leguía, op. cit. III, p. 165.

(24) Op. cit. T. I. pp. 118 a 120; ibidem en Leguía, II, p. 539. Los 14 patriotas que figuran en esa clave logonímica son: San Martín, Arenales, Cochrane, Bolívar, Riva Agüero, López Aldana, Campino, Forcada, Otero, Flores, Bocanegra, Vidal, Pagador, La Hoz y nuestro Guarnís. En la clave hay también nombres de cinco ciudades, entre ellas Quito y Guayaquil, llamadas respectivamente "Volcán" y "Deseado", quizá no por mera coincidencia.- Sobre las claves que utilizó San Martín con los revolucionarios de Lima, léase también a Bákula, Juan Miguel, Apuntes de Historia, Criptografía y Diplomacia de la Emancipación, Lima, 1949; la lista de seudónimos que trae esta obrita es mucho más completa que la de Paz Soldán; Bákula consigna además varios sobrenombres cuya correspondencia no se conoce, entre ellos el de "Eclesiástico", que suponemos pudo corresponder a uno de nuestros compatriotas Paredes o Carrión, más posiblemente a Carrión que, como sabemos, tuvo correspondencia con San Martín.

(25) Santalla era Comandante de uno de los fuertes de Callao, el de San Rafael, Carta de 13 de febrero de 1821; aparece firmada por Boqui, con su número clave "180".

(26) Ella Dumbar Temple. La causa de purificación de Don Francisco Grados. Lima, 1972, p. 287, Separata de la Revista de Arch. Gral. de la Nación.

- (27) Ibidem. p. 292. Declaración del Capitán salteño Miguel Otero.
- (28) Fechada del 13 de febrero de 1821 y firmada por "180".
- (29) Documentos sobre la actuación patriótica de José Boqui. Leguía, op. cit. II, p. 436. Las onzas de oro entregadas a Guarnís se hallan registradas en el "plan documental demostrativo de los fondos pecuniarios de manejo de José de Boqui; y de su intervención en los destinos convenientes, desde el 20 del mes de diciembre del año anterior de 1820.- Breve resumen de las cantidades que contienen los recibos de este Plan, para distinguir, a primer golpe de vista, cuando sea necesario, lo que cada individuo ha recibido". Leguía, op. cit. II, p. 437.
- (30) Carta fechada el 6 de febrero. Leguía, op. cit. III, p. 289.
- (31) Leguía, op. cit. II, p. 541. Paz Soldán, op. cit. p. 109.
- (32) Una expedición de 700 hombres debía acercarse por mar al Callao, lista para actuar en respaldo de Cortines.
- (33) Leguía, op. cit. III, p. 287.
- (34) Temple, op. cit. p. 293.- No tenemos información sobre las circunstancias en que se produjo su fallecimiento.
- (35) Narciso Guarnís tenía a la fecha del fallecimiento de su hermano Martín 24 años de edad; se dedicaba también al Comercio vivía en Tambo de Albdjar. En 1822 desempeñaba el cargo de oficial en la Secretaría de Estado. Op. cit. p. 293, nota 28.
- (36) Es interesante recordar la historia de Mariano Castillo, relatada por Pedro Fermín Cevallos. Dice este ilustre historiador que el 2 de agosto de 1810, "Mariano Castillo, joven de gallardo parecer, valiente y lúcido entendimiento, había sido sólo herido de una bala en la espalda, y mientras cuenta conque va a morir a bayonetazos, como murieran otros, aventura a ocurrir a un arbitrio que puede salvarle. Desgarra sus vestidos, los ensucia con la sangre que está arrojando de su cuerpo y se tiende como uno de tantos cadáveres. Los soldados que andaban rebuscando a los que pudieran estar ocultos, y que pasan punzando los cadáveres con las bayonetas, punzan también a Castillo una y otras veces, y Castillo recibe impasible y yerto diez puntazos sin dar la menor señal de vida. Por la noche, cuando estaba ya velándose en San Agustín entre los cadáveres recogidos por los religiosos de este convento, se dejó conocer como vivo, y los reverendos se lo llevaron con entusiasmo a una celda muy segura. Castillo salvó así, después de tres o cuatro meses que duró la curación de sus heridas". Resumen de la Historia del Ecuador, edición Ariel, Vol. I, p. 75.
- (37) Leguía, op. cit. T. III, p. 156.
- (38) Esto sucedía el 7 de septiembre de 1820.
- (39) (330) El propio General San Martín había elaborado un plan de este sentido, que fue desechado por impracticable.
- (40) (331) Según el artículo Numancia la Grande, publicado en El Correo Peruano (número 800, julio 31 de 1847), se evadieron por la misma puerta principal, de dos en dos, con intervalos de cuatro minutos para cada pareja, "prefiriendo morir en el acto a ser fusilados después con toda seguridad, al pasarse el batallón, como promotores de la defección de este".
- (41) (332) Leguía, que es quien trata con más detalle estos hechos, dice que se trataba de una acequia "que cruzando el camino de Chorrillos primero y el extremo meridional de la Huerta de Matamandinga después, corría, en aquel entonces, hacia el lado sur de la pequeña hacienda occidental de las Cabezas, a la oriental, más extensa, de Santa Beatriz". Op. cit. T. III, p. 268.
- (42) Se hallaba frente a la bocacalle sur de Monopinta, en la calle de San Jacinto, a media distancia de las portadas del Callao y Juan Simón.
- (43) Más tarde Cuervo y Bustamante lograrían huir por segunda vez del Real Felipe y una vez más, con la ayuda de los Coellos, unirse al Ejército de San Martín.- Los detalles de la fuga de Castillo y los otros numantinos han sido narrados por Mariátegui (Op. cit. p. 28) y ampliados por Leguía (Op. cit. pp. 268 y 269), con el auxilio del artículo Numancia la Grande, publicado en el Correo Peruano ya citado.
- (44) Leguía, op. cit. III, pp. 247 y 248.
- (45) Op. cit. T. XXVI, Vol 2. p. 32. La cita correcta es la que reproducimos. En la versión publicada por Denegri Luna, sin embargo, se ha deslizado un grave error; donde debe decir

- "y por Flores y un guayaquileño Coello, los oficiales sacados de Casasmatas", dice: "...y por Flores y un Guayaquileño, Coello y los oficiales sacados de Casasmatas". Con este cambio, de tan sólo una coma, el sentido de la frase se altera fundamentalmente, en relación precisamente con nuestro compatriota.
- (46) Loc. cit. Al relatar este hecho Leguía, dice que Gertrudis Coello era una limeña patriota, pero en otro lugar, al reproducir citas de Mariátegui, no puede menos que contradecirse y reconocer que los hermanos eran guayaquileños.
- (47) Op. cit. II, p. 329.
- (48) Vicuña, siguiendo probablemente a Mariátegui, dice que Espinosa era de la Serena, Chile, pero añade que, según otros autores, era de Quito. Espinosa era quiteño, de una conocida familia de nuestra capital; el propio Leguía lo reconoce, Op. cit. II, p. 299.
- (49) Mariátegui, op. cit. Colección ... XXCVI, Vol 2º, p. 71.
- (50) Leguía, loc. cit.
- (51) Había sido abierta y asaltada la tienda del comerciante argentino Pedro Villacampa y al conocer el hecho salieron de sus casas Espinosa, el comerciante peruano Godoy y otro comerciante argentino, Mariano Tramarría, logrando salvar lo robado. Luego Espinosa y Tramarría, ambos ancianos, de común acuerdo convocaron a voces a los vecinos, evitando así que el saqueo deducir, no hemos creído conveniente referirnos a este episodio dentro de nuestro estudio.
- (54) Palma, Ricardo, La Protectora y la Libertadora, de Tradiciones Peruanas.
- (55) Loc. cit.
- (56) Mariátegui, op. cit. p. 52.
- (57) Leguía, al transcribir el texto de Mariátegui, lo altera; dice: "Landázuri, uno de ellos, entregó el suyo al Virrey". Op. cit. II, p. 327.
- (58) Carta dirigida en 1863 al Presidente del Perú. Colección ... Tomo VIII, la Expedición Libertadora, Vol. 2º, p. 513. El texto completo de la Comunicación figura en el Apéndice. En esta carta nada dice Rosa Campusano de haber mantenido correspondencia con San Martín antes de su entrada en Lima, hecho que en ningún caso habría dejado de mencionar, de ser cierto, como lo afirma Alfonso Rumazo González (Manuela Sáenz-La Libertadora del Libertador, Clásicos Ariel, N° 32, p. 80).
- (59) Sobre este intento de sublevación hemos hablado en este mismo capítulo, al tratar de Mariano Castillo.- Según el conocido historiador peruano Jorge Basadre, Numancia fue "conquistado o seducido por la célebre Rosa Campusano, guayaquileña, futura Caballera de la 'Orden del Sol' ". Historia del Perú desde sus orígenes hasta el presente, Vol. 3, El Perú Republicano, p. 28.
- (60) Carta citada.
- (61) Así narra Leguía este episodio de la vida de San Martín: "Como aparición repentina y prodigiosa, surge una mujer, alta, hermosa y agraciada, que sollozante por la emoción, échase en sus brazos, cual si ya fuesen conocidos y amados; y clavada en ellos, apenas si acierta a articular y repetir estas solas palabras: ¡Mi General! San Martín la oprime benévolo y luego la contempla embebecido. La desconocida baja los ojos ante la penetrante mirada del héroe. Serenaos: no hay por qué llorar —le dice este último—. Apártala suavemente y, olvidando su gravedad habitual, vencido un momento; herido por el dardo de tantos atractivos; palpando secretamente la ardencia de aquellos ojos, tanto más hermosos cuanto se muestran más nublados por las lágrimas: —¿Permitiríais, murmura a media voz, expresaros mi gratitud con un beso?— Pero no, agrega, refrenando

esa extraordinaria expansión suya, que pasa como un relámpago; ordena a su ayudante darle el brazo y acompañarla hasta afuera; y se detiene a contemplarla con visible interés, mientras la incógnita se retira. ¿Quién es esa mujer sentimental, cuyo silencio y cuyos sollozos, más arrebatadores que la elocuencia misma, han bañado de extraña alegría y súbita luz las horas borrosas y pesadas expansiones de la noche sublime? Es Rosa Campusano, Perla de Guayaquil, espíritu romántico, carácter novelesco, corazón imitado por la fama, apasionado de la gloria, idólatra del heroísmo; prototipo de aquella belleza marfilina que distingue a las beldades de su patria; pálida excelitud en cuyas pupilas chispean el fuego del amor y la llama de la idealidad; halago ardiente, tentación satánica, predestinados a derretir la névea rigidez del guerrero paciente y calculador, y a poner nuevos y más apretados grillos en la ya enfermiza energía y actividad decadente del Anfibal de los Andes.- Eran las diez y media de la noche. El bullicio se había extinguido; buena parte del concurso se había retirado; también bajo el hondo imperio de aquella emoción final, hizo el aclamado corifeo, que momentos más tarde perdíase en las sombras, camino de Mirones y La Legua; lugar, este último, en que había establecido su cuartel general". Op. cit. T. IV, pp. 368-369.

(62) Gerhard, Masur: Simón Bolívar. Biografías Gandesa, México, D.F., 1960. pp. 413 y 414.- Se dice que la pasión que Rosita Campusano inspiró a San Martín, ejerció un "dramático y pernicioso influjo" en el curso de las campañas de la independencia (Leguía, op. cit. II, p. 327). No queremos detenernos en este tema. Advertiremos tan sólo que si tal aseveración fuese verdadera —que no lo creemos— en ningún caso podría haber responsabilidad a nuestra compatriota en las decisiones que, se dice, pudo haber tomado el General San Martín. Sin embargo, si alguien se interesara en el tema, puede consultar las opiniones de Müller y Bartolomé Mitre en la obra de este último (Historia de San Martín y de la Emancipación Americana, Editorial Universitaria de Buenos Aires, 1977, Vol II, p. 409) y las de Mariátegui y Leguía, en la ya citada obra del segundo (V., p. 531). Respecto a otras imputaciones calumniosas que se han levantado contra Rosa Campusano léase también a Leguía, op. cit. pp. 532 y 533.

(63) El nombre de Rosita, al igual que el de Manuela Sáenz de Thome consta en la nómina de agraciadas, publicada en los números 7° y 11° de la Gaceta del Gobierno, de 1822,

correspondientes a 23 de enero y 6 de febrero.

(64) Rosa Campusano tuvo una situación económica desahogada y consumió todos sus recursos en ayudar a la causa patriota, sin más interés que el de la independencia americana. En 1836, carente de todo medio dirige al Presidente de la República una carta buscando ayuda. El Gobierno peruano, alegando que el tesoro estaba exhausto, le negó la pequeña contribución que reclamaba y que por sus méritos debió darse a esta ilustre hija de Guayaquil. Colección ... Tomo VIII, Vol. 2° cit. p. 513.

(65) Aunque la figura de Manuelita es demasiado conocida, consignamos aquí algunos datos adicionales de su vida, excluyendo naturalmente los referentes a su participación patriótica en el Perú que recogemos en el texto de este capítulo y de otro posterior, datos que pueden ser de interés para aquellos lectores no familiarizados con la personalidad de la ilustre quiteña.- Manuela nació el 27 de diciembre de 1797. Fue hija ilegítima del influyente español radicado en Quito, Simón Sáenz de Vergara y de Joaquina Aispuro, señora de conocida familia quiteña, descendiente de Lorenzo de Cepeda, hermano de Santa Teresa. Se casó con Thome en Lima, el 27 de julio de 1817. A poco de regresada al Ecuador, en 1822, conoció a Bolívar en Quito, y se convirtió en su permanente y leal compañera; pero también en su consejera, ayuda, y colaboradora, tanto en asuntos de la guerra como de la política. En Bogotá, en la fatídica noche septembrina de 1828 y en otras dos ocasiones más salvó la vida de Bolívar, por lo que en justicia se le llamó la "libertadora del Libertador". Fue perseguida y encarcelada por Santander y luego deportada. Quiso refugiarse en su Patria, de la que fue también deportada bajo amenazas de muerte del Presidente Rocafuerte, por lo que se aisló definitivamente en Paita, en donde murió en 1856, a la edad de 59 años.- Todos sus biógrafos y los de Bolívar coinciden en que era mujer de belleza poco común, de extraordinaria gracia y simpatía y de carácter muy firme.- El Gobierno peruano declaró en 1973 de interés histórico nacional, la casa paiteña de Manuelita. Creemos haber contribuido modestamente a este justo reconocimiento de los méritos de la ilustre compatriota, con nuestras gestiones desde la Misión Diplomática en Lima, que entonces presidíamos.

(66) Chiriboga Angel I.- Los Sáenz en el Ecuador, Boletín de la Academia Nacional de Historia.- Vol. XXII, Quito, julio-diciembre de 1942,

- (67) Leguía, op. cit. II, p. 326.
- (68) Raquel Verdesoto de Romo Dávila. Manuela Sáenz. Editorial Casa de la Cultura Ecuatoriana. Quito, 1963. Tomo I, p. 71.
- (69) Colección ... Tomo VI, Asuntos Militares, Vol 5º p. 170.
- (70) Masur, opus cit. p. 414. La banda está descrita así en el Decreto de San Martín de 11 de enero de 1822, que la creó: "... una banda de seda bicolor blanca y encarnada... con ... una pequeña borla de oro, llevando hacia la mitad de la misma banda una medalla de oro con las armas del Estado en el anverso y esta inscripción en el reverso: al patriotismo de las más sensibles".- Manuelita y Rosa Campusano se encuentran entre las 112 damas "beneméritas" que merecieron esta "Divisa de Patriotismo". (Gamio Palacio, Fernando. El Proceso de la Emancipación Nacional y los Actos de la Declaración, Proclamación y Jura de la Independencia del Perú. Lima, 1971, pp. 143 y sgts.). En la lista de 112 damas publicada en la Gaceta del Gobierno y reproducida por Leguía (Op. cit. V. p. 69), el nombre de Manuela figura dos veces, una como Manuela Sáenz y otra como señora de Thorne.
- (71) Op. cit. p. 219.
- (72) Jurado Noboa, Fernando, El Linaje de los Cepeda en el Ecuador, III Parte. Municipalidad de Quito, Museo Histórico, N° 52, p. 94.
- (73) Gamio Palacio, op. cit. p. 28.
- (74) Op. cit. p. 148.
- (75) Había sido designado ayudante de Campo por Montúfar para la expedición militar que debía marchar sobre Cuenca.
- (76) Tobar Donoso, op. cit. pp. 276 y 277.
- (77) Ibidem., p. 275.
- (78) Terrible godo, quien fuera también Obispo de Cuenca.
- (79) En relación con Solano transcribimos, respetando la ortografía original, la siguiente carta que le dirigiera el entonces Coronel Andrés de Santa Cruz, de paso a Cajamarca, en marcha a Piura: "Cajamarca, 28 de julio de 1821.- Siendo la noticia que acabo de recibir la más plausible, por haberse jurado en la capital de Lima, la Independencia, y no debiendo ser menor el gozo y alegría de todo este vesindario; con quantas demostraciones de júbilo sean posibles; siendo una de ellas, los repiques generales, se servirá Ud. mandar repicar desde que resiba éste, hasta las nueve de la noche, y en estos tres días consecutivos en todo instante que lo haga la Matriz.- Admita V. las consideraciones de mi aprecio.- Andrés Santa Cruz.- Fr. D. Miguel Solano, cura y vicario de Provincia.- PD. La Torre que se ilumine". Leguía, op. cit. IV, p. 397.
- (80) Leguía a quien ya conocemos por sus sentimientos anti-ecuatorianos niega toda vinculación del patriota santafereño con los revolucionarios de Quito: "pura novela es lo que algunos historiadores asientan acerca: ... 3º. La afirmación de haberse hallado en Quito (López Aldana) al estallar el movimiento del 10 de agosto de 1809 ...4º la de haber sido agente en Lima de los patriotas ecuatorianos". Op. cit. II, p. 276, nota. Dice fundar su opinión en una biografía de López Aldana escrita en 1869, por su hijo. Lamentablemente nos ha sido imposible encontrar dicha publicación. Asevera también aquel autor sin prueba alguna, que López Aldana viajó al Perú en 1808. Si bien esto, de ser cierto, que no lo es, haría imposible que el patriota santafereño hubiese estado en Quito en 1809, no impediría lo otro: que fuera agente de los conspiradores ecuatorianos, pues en 1808 y aún antes, ya estaba encendida en nuestra capital la llama de la revolución. Manuel de Jesús Andrade, colombiano, asevera terminantemente que López Aldana "fue agente y órgano en Lima de los revolucionarios quiteños de 1809, cuyas publicaciones reproducía en el Diario Secreto manuscrito". Próceres de la Independencia. pp. 217 y 218.
- (81) Cabodi, Jorge Juan y González, Julio César (argentinos). "La reimpresión bonserense del Diario Secreto de Lima". Quinto Congreso ... II, pp. 183 y 184.
- (82) Op. cit. p. 187.
- (83) Paz Soldán, op. cit. p. 108, nota.- Mariátegui, op. cit. colección, Tomo XVI, Vol. 2º, p. 17, Transcrito por Leguía, Op. cit. Tomo II, p. 280. O'Leary, V, p. 319 y 320. El texto completo de esta carta, tomado de O'Leary, se reproduce en el Apéndice documental a esta obra, entre los documentos del Coronel Heres, referentes al Batallón Numancia. La Carta está suscrita por José Pardo y Prieto, seudónimo usado por López Aldana conjuntamente con Joaquín Campino.